

Ser religioso para ser feliz y ser feliz para ser religioso

Para Thomas Merton, si uno quiere ser feliz hay que hacerse religioso; a su vez, quien no vive feliz en la Vida Consagrada es signo claro de que tiene que dejar esa forma de vida que, fundamentalmente, es una escuela de felicidad. Este es el resumen de todos los artículos y experiencias de este número de Testimonio.

Estando muy feliz dentro de ella puedo decir que no todos los que llegan a la vida religiosa logran ser felices. Valoro la estupenda frase del papa Francisco: “quería decirles una palabra y la palabra es alegría. Siempre donde están los consagrados, siempre hay alegría” (*Alegraos*, 7). Pero no es fácil generalizar esta afirmación aunque venga del papa Francisco. Esto ha llevado a Testimonio a ahondar en el tema de la felicidad.

Sin duda, cuando la Vida Consagrada no acierta a hacer felices a las personas, algo marcha mal en ellas, en la Vida Consagrada o en las dos. En ocasiones las aguas están contaminadas y no le es fácil al pez, al religioso, navegar en ellas. No hay duda de *que uno se hace religioso para vivir feliz*; pero lamentablemente hay religiosos que se han esforzado por evidenciar que son seguidores de un muerto en una cruz y en ella termina su historia; que las renunciaciones son la meta de su diario vivir que supone penitencia, sacrificio, dureza y privación.

Como religiosos, confesamos que la felicidad viene del compartir el corazón de nuestra vida que es Cristo resucitado, alegría del mundo. Eso es lo que contagiamos y llega a las personas con las cuales convivimos y al mundo que habitamos. Por mi parte añadiría que la felicidad ha sido y es fruto de una especial gracia recibida de María, “causa de nuestra alegría”. Me gusta verla como mujer creyente profundamente feliz, capaz de poner en sus labios la canción del *Magnificat* y proclamar que se alegraba en Dios su salvador porque derriba del trono a los poderosos y exalta y llena de felicidad a los humildes.

Tres frutos están presentes en el religioso que se ejercita para lograr la felicidad: el *compartir el pasado con gratitud; el vivir el presente con valor y pasión y el futuro con esperanza*. Lo que llevó a Testimonio a dedicar este número al tema de la felicidad fue una constatación: *en el mundo actual, su abrumadora oferta de consumo nos está llevando a una “tristeza individualista” y nos pone a los religiosos en la tentación de convertirnos en “pesimistas, quejicosos y desencantados con cara de vinagre”* (Papa Francisco). Por lo mismo, todo lo que hagamos por volver a la alegría del evangelio que llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús, es poco. Estamos ante una urgencia que hay que acertar a convertir en oportunidad. No hay nueva evangelización posible sin evangelizadores que sean testigos fascinados por la felicidad. Solo así su palabra y sus gestos darán fruto. “Un religioso no debe tener cara de guindilla en vinagreta”. Por supuesto este tono y discurso improvisado del Papa Francisco arrancó una espontánea carcajada, pero dejó a la Vida Consagrada con un nuevo desafío: “es urgente y posible ser feliz”.

En el religioso la felicidad toma cuerpo en la vivencia de los votos, la oración, la vida comunitaria, la misión, la formación y la animación del grupo. Por esos cauces la Vida Consagrada se convierte en “productora” y consumidora de la felicidad. Nos deben llevar a mantener los ojos puestos en lo que es la auténtica felicidad y conseguir que nunca dejemos de perseguirla. Así se logra que los religiosos seamos felices y lo parezcamos.

Este número de Testimonio quiere ser un instrumento y recurso para formar personas felices en la Vida Consagrada y describir el camino de esa Vida Consagrada feliz. Ser feliz y aprender a serlo; supone iniciarse, introducirse, cultivarse, adquirir conocimientos, desarrollar actitudes, saber de realidades que son energía alegre y de valores que potencian la felicidad.

Los buenos alumnos de la Vida Consagrada feliz crean estupendas escuelas de esta educación para la felicidad. Sería bueno que nos aplicáramos el “barómetro de la felicidad” y constatáramos el resultado de esa medición y procediéramos. ¿Cuál sería la respuesta de los religiosos a estas preguntas directas? ¿Qué nos hace felices? ¿Dónde tiene la Vida Consagrada anclado su capital de felicidad? ¿En el servicio a los pobres, la evangelización, la vida de comunidad, el celibato, el estilo de vida sencillo, la oración, en la comunidad...?

No lo dudemos, la felicidad nos deja con valor, energía y pasión; encendidos pero no quemados. Nos saca de la rutina. Nos comunica una juventud de alma y de cuerpo que es una verdadera pasión de futuro. *La vida religiosa es terreno apropiado para la felicidad donde podemos gustar la ternura, la alegría, la fecundidad y el reflejo de Dios.*

JOSÉ MARÍA ARNAIZ, SM
Director